

TRIBUNA LIBRE

Alberto Colomina Boti*

Preocupaciones de un empresario ante el bien común

Este título podría encabezar todos los trabajos que de un tiempo a esta parte vengo publicando. Y ello porque ésta es la única razón de tomar la pluma para exponer algunas ideas que estimo pudieran ser de alguna utilidad, tratando de devolver así, aunque en pequeñísima parte, a la sociedad, tantas cosas como de ella he recibido.

Pero las reflexiones que hoy querría hacer en estas líneas justifican específicamente el título, porque a las de siempre van unidas las gravísimas, relativas al momento que en España atravesamos.

Me preocupan, en primer lugar, las estructuras socio-económicas y no menos estructura política española, que en vez de ir, como todos esperábamos, según se nos había ofrecido en el referéndum, acomodándose cada día más a las circunstancias del momento, sigue sin dar muestras de la agilidad necesaria para hacer frente a los problemas que nos agobian, habiendo creado una crisis de confianza.

Me preocupa el anquilosamiento en que se encuentran nuestras estructuras económicas, tanto en el sector agrario como en el de la industria, y de los servicios, al menos en cuanto se refiere a los canales de distribución de tanta trascendencia económica.

Me preocupan las estructuras de la Universidad.

Me preocupan muchas otras cosas que, no sólo a criterio mío, sino al de un buen sector de nuestra sociedad, están reclamando reformas...

Pero sobre todo me preocupa la falta de eco que estas preocupaciones encuentran, al menos según puede desprenderse de tantas declaraciones triunfalistas como continuamente oímos.

Decía que me preocupaban las estructuras económicas, y, porque éstas entran más en el campo de mi actividad, me permitiré hacer algunas observaciones.

MIRANDO AL AGRO

Mirando al agro, mi primera preocupación es la de si estamos convencidos que sin hacer marchar, al menos normalmente este sector, se hace imposible un franco despegue en el crecimiento económico.

* Director Gerente de Construcciones Colomina G Serrano, S. A.

Durante el plan de desarrollo, nuestra balanza comercial agraria ha pasado de favorable a francamente negativa, continuando en aumento en estos últimos meses el saldo desfavorable. Y éste era el sector en que tradicionalmente se apoyaba nuestra balanza de pagos. No es que no existan realidades dignas de elogio y en las que cabe poner grandes esperanzas para el mejoramiento del sector, y entre los servicios montados, que estimo han de ser eficaces, destacaría el servicio de extensión agraria; la concentración parcelaria; la acción concertada de la ganadería, y algunas otras.

Pero creo que todas ellas serán insuficientes mientras no se acometa una verdadera reforma de estructura, realizando una reforma agraria basada en el aumento de la productividad, que nos permita, a su vez, implantar la transformación social de que tan necesitado está el campo, llevando a él los servicios que requiere la elevación moral y material de los asalariados.

Me preocupa ver cómo pasan los años, pasan los lustros y las décadas y cómo envejecen principios que en su día hubieran resuelto estos problemas del campo y que han quedado anticuados antes de tratar de implantarlos.

Hoy no faltan fórmulas para crear esas unidades agrícolas con productividad suficiente para sacar a los asalariados agrícolas de su triste situación, ayudando a la economía española a salir del agobio en que se encuentra su balanza comercial; pero preocupa el ver que no se ponen en marcha.

El estudio de esta reforma agraria tiene que ser muy meditado, ya que no puede ser uniforme en las distintas regiones, ni aún dentro de pequeñas zonas, pues aparte la climatología hay que considerar las calidades de los terrenos, mercados, etc.

Hay que pensar en armonizar las explotaciones agrícolas de tal modo que puedan compensarse en sus funciones y hacer compatibles la granja familiar, junto al mercado local, con las explotaciones extensivas del secano o con las más perfeccionadas en que se complete el ciclo de producción en la obtención de carnes que tal vez puedan salir comercializadas desde la misma explotación.

No olvidando las distintas características que tienen las explotaciones entre sí, dados los productos que obtengan tan varios en el suelo español.

Coincido plenamente con tantos amantes del agro que reclaman una y otra vez ayuda para el campo tan necesitado de una verdadera capitalización para poder poner en marcha racionalmente las fincas.

Bastaría comparar datos de las naciones más desarrolladas y en las que el porcentaje de la población activa del campo llega a ser aproximadamente el tercio del porcentaje español, muy reducido, como todos sabemos, en estos últimos años, para comprobar la menor importancia que en el conjunto de inversiones tiene el valor de la tierra que en España es casi siempre, por no decir siempre, el de mayor cuantía.

Pero cualquier otro dato sería hartamente elocuente: número de tractores, toneladas de abono por hectárea o de cualquiera de los elementos que en el campo se consumen para mantenerlo en plena productividad, para hacerse cargo de la necesidad de aumentar las inversiones si queremos obtener el rendimiento deseable.

Pero todos estos elementos serían inútiles en manos de personas faltas de la debida preparación.

Por ello entiendo que al mismo tiempo que se preparan los cambios de estructura con una reforma agraria adecuada, deben crearse los cen-

tros de formación necesarios para los tractoristas, capataces y empresarios que se necesitan para ponerla en marcha.

Conozco los ensayos que con gran éxito se llevan a cabo en Córdoba y en otras escuelas; pero la realidad es que en número muy reducido, dadas las necesidades de nuestro agro, en el que se calcula que hay todavía más de un millón doscientas cincuenta mil Has. mal aprovechadas en un conjunto de veinte millones de Has. de tierras cultivables.

EN LA INDUSTRIA

Si consideramos las estructuras industriales tampoco podemos dejar de apreciar los esfuerzos que muchos empresarios vienen realizando en la modernización de sus industrias. Los datos sobre importación de equipos de los últimos años son, a estos efectos, de gran elocuencia.

Sin embargo, no podemos olvidar que España, apartada como ha estado del exterior durante tantos años, después de su guerra de liberación, se vio obligada a implantar una industria para atender a su economía, de carácter autárquico, y ello trajo como consecuencia el establecimiento de una industria poco competitiva y en muchos casos con equipos ya anticuados en parte por la dificultad de importar otros más modernos y, por si fuera poco, creada para atender al mercado interior, de escasa capacidad adquisitiva.

La reducida edad media de nuestras instalaciones industriales nos lo prueba y, por si fuera poco, lo demuestran las grandes dificultades por que ha pasado con el cambio a una economía de mercado, que aún tendrá que hacerse más competitivo si, como es de desear, fuera posible entrar en el Mercado Común.

Para paliar las graves dificultades con que esta industria tropieza a la menor alteración, ya sea del mercado de los productos o del dinero, la estrangulación de créditos o cualquier otra, como consecuencia de su falta de solidez, tanto comercial como económica, se vienen aplicando hace años soluciones que podríamos llamar de emergencia y que tapando las grietas hacen que vayan disminuyendo la resistencia del casco, que se hundirá irremisiblemente ante el próximo embate.

Se habla de la concentración de empresas como de la panacea que ha de resolver todos los problemas; pero no debemos olvidar que si este es buen camino en no pocos casos, ni lo es siempre, ni debe ser el único.

Unir varias empresas marginales creyendo que así obtendremos una solución es pensar en un absurdo; unir varias empresas de brillante ejecutoria para centrar sus esfuerzos en perfeccionar la nueva unidad es lo que podría ser útil.

Pero no todas las empresas tienen que ser grandes, porque éstas fácilmente podrían ser competitivas sin el auxilio de la industria media y aun de la pequeña industria.

Armonizar la producción de cada una y compenetrar su actuación es lo que procede para alcanzar el éxito.

Pero aquí, como siempre, hay que contar con el hombre.

Sin productividad, no hay industria; sin hombres preparados, no hay productividad.

Hemos dicho que no son pocas las empresas que han adquirido equipos modernos y no pocas incluso ordenadores electrónicos; pero yo creo que no son pocas las que se enfrentan actualmente con el problema de cómo obtener de esos equipos la producción en calidad y el rendimiento adecuado.

EMPRESARIO ANTE EL BIEN COMUN

Se utiliza la cifra del medio millar de ordenadores adquiridos por nuestras empresas, pero no es éste el dato que interesa, sino el rendimiento que se les saca.

Yo tengo noticia de ordenadores precintados al cabo de los dos años de estar instalados, es decir, cuando deberían haber amortizado el 50 por 100.

¿Cuántos equipos humanos trabajan a plena eficacia en estos ordenadores?

FORMACION PROFESIONAL PARA LA EMPRESA

Repito lo que decía para el campo: formemos personal, desde el obrero especializado, que por falta de esta especialización tiene que dejar su antiguo trabajo, hasta el empresario.

También sé que están formándose en escuelas que realizan esfuerzos encomiables, pero por decenas, cuando los necesitamos por decenas de millar.

Mucho se ha tildado a nuestras empresas de nepotismo o, simplemente, de promoción familiar; pero ¿hemos pensado si la sociedad ofrecía a estas empresas soluciones mejores?

Las técnicas de gestión empresariales que en estas escuelas se imparten tienen mayor trascendencia económica, es decir, en el aumento de productividad, que la misma renovación de equipos, y, sin embargo, muchas de ellas son desconocidas para nuestros empresarios.

Con doble daño, porque en otras profesiones nos limitamos a aplicar las técnicas que conocemos, pero el empresario tiene que utilizar, y utiliza de hecho, todas las de gestión, aunque las desconozca; así las relaciones humanas, los métodos, la propaganda, etc.

En este orden están ayudando mucho las empresas consultoras sobre organización y métodos, pero estos consultores difícilmente pueden penetrar en el espíritu y los más íntimos secretos de la empresa, y por ello su papel no puede pasar de ser una ayuda todo lo eficaz que se quiera, en un momento dado, para establecer una orientación, dar un diagnóstico, incluso recetar la medicina adecuada al momento; pero el tratamiento permanente tiene que darlo luego el personal de la empresa con dedicación especial a estos menesteres y, por lo tanto, personal especializado.

El consultor, en definitiva, no es otra cosa que el especialista cuando acude a consulta médica: formula un criterio para el tratamiento del enfermo, pero su cuidado y vigilancia queda en manos del médico de cabecera, y si éste no es competente, la consulta no le servirá de mucho.

Pero la empresa se encuentra generalmente sin médico de cabecera que cuide del enfermo, y no por falta de deseo muchas veces, sino por falta de personal idóneo especializado.

Debemos reconocer que en España no hemos dado la importancia que tienen a las técnicas de gestión, en las que sin duda alguna reside, en gran parte, el éxito de los empresarios americanos.

Acostumbrados a montar un negocio más que a dirigir una empresa, se ha dado más importancia a la intuición y a la coyuntura que al estudio reposado y la organización.

De ahí que no se aprovecharan las épocas de las vacas gordas, posguerra de 1914-18 y autarquía de los lustros últimos para renovar las industrias, reforzando su economía, con base en la autofinanciación, entonces perfectamente viable, creando al mismo tiempo los equipos humanos que

ALBERTO COLOMINA BOTI

supieran hacer frente a las circunstancias que la forzosa apertura al exterior habrían de plantearnos.

Con ello hubiéramos evitado muchos de los males de que ahora se lamentan: Aquellos que, por preferir vivir en la opulencia unos años, o por pura incompetencia, no quisieron o no supieron prever lo que forzosamente había de llegar. ¿Y qué empresario puede prescindir de la previsión, que es la primera condición que puede caracterizar esta profesión?

Falta de empresarios, falta de vocaciones empresariales, que no se despiertan porque la sociedad no considera como debiera esta profesión, que siempre juzga peyorativamente, y, por otra parte, falta de facilidades crediticias a los que se quieren lanzar, hace que nuestra industria esté en pocas manos, generalmente en las de algunas empresas bancarias, por otra parte, única fuente de financiación en España, en que el capital es gran enemigo de la aventura.

AYUDA ESCOLAR, COMERCIALIZACION, INVERSIONES

No quería terminar estas líneas sin denunciar el derroche que supone en nuestra enseñanza, tan limitada de medios económicos, permitir a aquellos estudiantes que pueden pagarse la matrícula que, en definitiva, no pasa del 20 por 100 del coste total de la enseñanza, el ocupar uno y otro año los puestos que podrían utilizar gente incluso superdotada, que por falta de medios económicos no puede llegar a la Universidad, con daño no sólo personal del interesado, sino de España, que no se aprovecha de estas inteligencias.

Finalmente, vale la pena recordar el empeño de tantas gentes en remodelar las estructuras de comercialización, sobre todo de los productos alimenticios, sin que hasta el momento actual hayan logrado sus nobles deseos.

Creo que bien merece que todos les prestemos nuestra cooperación, pues estoy firmemente convencido de que ni este problema, ni tantos otros de tipo económico tendrán solución mientras no nos propongamos cada uno de nosotros dar al dinero el valor que tiene.

Se le da el máximo aprecio para adquirirlo y sin reparar en medios, muchas veces tratamos de hacernos con la parte del león, sin fundar esta participación en un mayor esfuerzo y en un servicio a la sociedad; pero paralelamente, y tal vez por ello mismo, le quitamos todo el valor en el momento de gastarlo—secuela algunas veces del poco esfuerzo que nos ha costado conseguirlo—y así no reparamos en el precio ni en la calidad de los productos que adquirimos.

Volvamos a tener al dinero el respeto debido, sabiendo utilizarlo, no sólo para sacarle el máximo provecho en beneficio propio, sino pensando que no podemos malgastarlo en tanto existan a nuestro alrededor tantas necesidades que podríamos ayudar a cubrir, ahorrando parte del que no sabemos gastar debidamente y sólo con ello veremos cómo vuelven a su cauce tantas aguas que hoy van por canales indebidos, sean éstos de comercialización o de otros tipos económicos.